Crónicas de Diego Gabor

juan ginés ortega domínguez

Image not found.

Capítulo 1

El hombre del laberinto

I.

Las farolas de la calle hicieron acto de presencia a las diez de la noche, esa luz naranja siempre me había parecido tan artificial como las albóndigas en lata. Caminaba a buen ritmo mientras oía de fondo el motor de los coches que circulaban, el rumor de algunas palabras sueltas de las conversaciones de la gente que me iba cruzando y mi jadeante respiración entre calada y calada del perenne Chesterfield que se había afincado desde hacía veinte años entre mis ya amarillentos dedos.

-Putos vicios de mierda. -Dije para mis adentros mientras encendía un nuevo cigarrillo. Sonó el móvil con un tono estridente, noté su vibración en el bolsillo de la chaqueta. En la pantalla la palabra -asesor- se iluminaba con luces rosas y moradas. Parecía un rótulo de un club de alterne.

-Dime Javi, que jodido problema tengo ahora... -Llamada de asesor igual a problemas, era una ecuación inamovible.

-Ha llegado la carta de embargo. -Dijo sin más.

-La estaba esperando así que no es una sorpresa. Tiene fecha de ejecución ?

-El doce de noviembre. -Su voz reflejaba tristeza o lástima, o quizás ambas cosas a la vez, o quizás no, no lo sé.

-Y estamos a... -dije mientras despegaba el móvil de la oreja e intentaba ver la fecha en la pantalla.

-Tres de junio. -Oí las palabras salir de lejos. Me puse al auricular en la oreja. -Lo siento mucho Diego.

-No pasa nada. Era algo que ya sabíamos de largo. Gracias por todo Javi. -Colgué sin esperar más repuesta. Después de todo que podía decir más. Encendí otro cigarrillo, el paquete estaba casi vacío. Metí la mano en el bolsillo y saqué un puñado de monedas, era todo mi capital ya no tenía nada más. Paulatinamente lo había ido empeñando todo y ya no había nada más que vender. No tenía absolutamente nada. -Putos vicios de mierda...

Entré en el primer bar que me salió al paso y busqué la máquina expendedora de tabaco. Había que cruzar todo el establecimiento para llegar hasta ella. El local estaba mal iluminado y un olor a perfume barato fluía por el ambiente, estaba poco concurrido, sólo un par de parroquianos hablando con el camarero. Al entrar los tres me miraron al unísono.

-Buenas noches -le dije al camarero mientras señalaba la máquina del tabaco. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras me escrutaba de pies a cabeza. Introduje las monedas y busqué el botón del Chester.

Al volver de camino a la puerta.

-Es usted el Sr. Gabor? -Dijo el camarero de forma apenas inteligible. Lo debí mirar como al que se le aparece la virgen en medio de un bar.

-Nos conocemos? -Pregunté mientras me acercaba a la barra. Los dos clientes me miraban con una mal disimulada inquietud.
-No señor. -Respondió desconcertado. -Pero hará cosa de un par de horas apareció por aquí un individuo que me dijo que un hombre vendría a comprar tabaco y me lo describió tal cual va usted vestido. Textualmente dijo, viste americana negra, camisa blanca y pantalones grises. Y que respondería al nombre de Diego Gabor.
-Ya... -dije como al que le ocurren dichas memeces todos los días. -Y no te dijo nada más? -Pregunté siguiéndole el juego al sorprendido camarero.

-Si señor, me dijo que le entregara este paquete y le dejó pagado un café. -Se calló mientras me entregaba un sobre marrón del tamaño de un folio y bastante abultado. -Y no dijo nada más. Le pongo el café? -Dijo echándole mano a un brazo de la cafetera.
-Si claro... Y no te dio ningún nombre ese hombre? -Dije palpando el paquete. Al tacto parecía una prenda, algún tipo de tejido.
-No señor, yo pensé que era un tarado más, de tantos que se ven. Pero éste iba bien vestido y hablaba de manera culta y educada. Además me dio cien euros de propina por el mandado. - Dijo componiendo una sonrisa de oreja a oreja.
-Ya... -respondí incrédulo. -Y como me has dicho que era?
-Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, pelo canoso y repeinado para atrás. Tenía un acentillo extraño, como si fuera guiri, no se le notaba mucho. Pero son muchos años detrás de la barra y se reconocer a un forastero cuando habla... -dijo orgulloso. -Iba perfectamente vestido y tenía pinta de tener mucha guita. -El camarero puso la taza de café humeante sobre la mesa.
Bebí el café de un sorbo, cogí el paquete y salí del bar. En la calle había una temperatura agradable.
Caminaba por ronda Guinardó en dirección a Paseo Maragall a paso acelerado. Barcelona es una ciudad megalítica y a media noche entre las sombras de sus calles se desgrana la más variopinta fauna y no me apetecía tener un tropezón con ninguno de aquellos merodeadores nocturnos. Algunos pasos lejanos se entremezclan con murmullos de los televisores que se escapan a través de las ventanas abiertas. *La ciudad que nunca duerme*. No sé donde había leído aquella frase pero siempre que salía de noche y paseaba por la calle, me venía aquella idea rotulada a mi pensamiento.
Mi apartamento estaba en un edificio de cuatro plantas que hacía esquina, ronda Guinardó con la calle del segle XX. Subí los dos pisos a toda marcha por la escalera. El piso era bastante amplio en su día lo había reformado con gusto, sin embargo ahora era un agujero frío, angosto y despoblado de mobiliario, que poco a poco en los últimos cuatro años había ido vendiendo para poder subsistir. En las paredes blancas se desdibujaban tristes sombras geométricas donde antes habían estado muebles o cuadros y en los techos colgaban los hilos de corriente soportando una triste bombilla donde alguna vez hubieron lámparas de diseño. Todo había volado, me lo había comido y por mucho, me lo había

fumado. -Putos vicios de mierda...

Entré en la cocina y dejé el paquete sobre una improvisada mesa que había construido con dos cajas grandes de plástico y la hoja de una puerta. Rebosaba de papeles, sobres abiertos y miles de facturas impagadas. Me dí una ducha y me recosté sobre el colchón que yacía desvencijado en el suelo. Tomé mi paquete de Chester y fumé hasta que un sopor agradable y cálido se apoderó de mi triste espíritu. Un sueño profundo...

Capítulo 2

II.

La mañana comenzó con una apasionada discusión de pareja entre la Pili y el Josep, mis vecinos de al lado. Por lo visto el Josep no levantaba la tapa del water para mear y la buena de Pili se untaba sus bien amadas posaderas cuando se sentaba. Esto desencadenó todos los demonios de la Pili que revindicó todos sus derechos tanto terrenales como divinos para enviar de cien mil maneras distintas al pobre Josep a tomar por el culo. -Dios, que bonito es el amor...

La lata de café estaba en las últimas, pero dio para un café medio en condiciones. Puse una radio con pilas que había comprado en una tienda de chinos. -Musiquita de fondo, vaya un lujazo de café.

Me vestí con lo más digno que encontré y salí a lucir palmito, como solía decir mi abuela.

Tenía un teléfono móvil de penúltima o antepenúltima generación, no sé. Los móviles creo que ya tienen un árbol genealógico más grande que el de mi familia. Intenté llamar, aunque ya hacía más de dos meses que no tenía saldo, pero yo cada mañana lo intentaba... por si caía la breva.

Eran las diez de la mañana cuando llegué al paseo Valldaura, viré por calle Canigó y a unos diez metros estaba mi primera parada fija de los últimos años, el bar de los Leones. Era un bar antiguo, con solera y lo más importante, lo regentaban mis tíos, lo cuál me daba crédito ilimitado.

-Hola tita, buenos días!- dije con la alegría de un colegial a la hora del recreo.

-Hola cariño. Cómo estás? -Mi tía ronda los cincuenta y tantos pero se mantenía radiante y hermosa a pesar de los años y el esclavo trabajo de la hostelería.

-No tan bien como tú... pero ahí estoy, en la brecha.-dije circunspecto.

-Y el trabajo para cuando? -Esta era una pregunta recurrente entre la gente que me conocía.

-He mandado un curriculum a la NASA y otro a la CIA y me han dicho que tengo muchos puntos para entrar en una u otra. -Dije con una sonrisa burlona.

-Vaya un zamarro que estás hecho... -Era mi tío Aurelio, un hombre fuerte y canoso del cuál guardaba gratos recuerdos de mi infancia. -Búscate un curro de Ministro... que te va como anillo al dedo. -Dijo mientras recogía un montón de tazas y vasos vacíos de la barra.

Tomé un café con leche y tostadas mientras veía el programa de la Teresa Campos. Me fascinaba aquella mujer, a mis treinta y cinco años la recordaba desde mi niñez y podía ubicarla en muchos momentos de mi vida. Podía evocar recuerdos cerrando los ojos y escuchando su voz de fondo. Era como un familiar holográfico.

Estaba tomando el último trago de café cuando el teléfono sonó. Miré la pantalla tipo burdel y mostraba un número desconocido.

-Hola -respondí.

-Buenos días Sr. Gabor. -Una voz grave y tono severo saludó al otro lado.
-Quién es? -Pregunté mientras jugaba con las migajas de pan tostado del plato.
-Mi nombre es Rudolph Ashton, Dr. Ashton, para ser exactos.
-Muy bien Dr. Ashton y que puedo hacer por usted? -Unos segundos de silencio al otro lado de la línea.
-No ha recibido mi paquete? -Dijo con un tono medio extrañado, medio sorprendido.
-Paquete? -Segundos de reflexión para recopilar información. Soy un poco lento de reflejos. -El paquete del bar de anoche?
-Exacto! -Exclamó con alegría.
-Si claro, lo he recibido. Pero no lo he abierto todavía... -Dije tontamente. Se me había olvidado por completo el suceso del paquete.
-Recibe un paquete de un completo desconocido a través de una tercera persona. Y no tiene usted ni la más mínima curiosidad de saber que contiene? -Preguntó sorprendido.
-Sí, claro que tengo curiosidad. -Dije mintiendo.
-Podemos vernos hoy para comer? -Su voz ahora sonaba confusa.
-Si paga usted por mi no hay problema. No tengo nada mejor que hacer.

-Muy bien.- Se hizo un segundo de silencio. -Le parece bien en el restaurante La Fonda, en la calle de los escudellers? Cerca de la Rambla.
-Ok. Allí nos vemos a eso de las dos... -Respondí afirmativamente sin saber ni siquiera donde estaba la calle en cuestión. -Tendré que preguntar. -Pensé para mis adentros.
-A dicho usted algo? -Dijo la voz al otro lado del teléfono.
-No, nada. Pensaba en voz alta, nada más. Nos vemos en un rato Dr...
-...Ashton -dijo el hombre esta vez con un tono de resignación. -Hasta ahora Sr. Gabor. -Fin de la comunicación.

Capítulo 3

III.

Resultó que el restaurante en cuestión estaba ubicado en el Barrio Gótico. Llegué a eso de las dos y cuarto, haciendo honor a mi falta de puntualidad en todas las facetas de mi vida. El restaurante parecía de los buenos, en la entrada se agolpaban una multitud de fieles a dicho establecimiento, parecía ser un local muy concurrido. Entré a codazos y patadas y a trancas y barrancas llegué hasta la barra.

Cómo coño iba a reconocer al doctor guiri? -Esa pregunta me andaba haciendo mientras escudriñaba las mesas cercanas a la barra. El local parecía inmenso, tenía un piso superior y otro creí adivinar, en la parte de abajo. En ese instante alguien me puso la mano en el hombro.

-Sr. Gabor? -Me sobresaltó la voz grave del supuesto doctor.

-La madre que me parió! -Grité mientras me volvía. Se hizo silencio entre los comensales de tres mesas a la redonda, todos se volvieron a mirar.

-Lo estábamos esperando, acompáñeme... -El doctor era un hombre maduro de pelo cano tal y como lo había descrito el camarero mensajero. Tenía una condición física bastante aceptable y vestía con gusto exquisito un traje blanco de lino con una jersey de verano de igual color. Por el porte y su leve dicción lo etiqueté como inglés, parecía bastante londinense. A lo Sean Connery.

-Me presento formalmente soy el Dr. Ashton. Es un placer conocerle por fin, sr. Gabor -dijo tendiéndome la mano.

-El placer es mio doctor... -Me pareció un tío bastante agradable, así de primeras.

-Sígame por favor. -Escolté al doctor hasta la planta de abajo del restaurante donde el ambiente parecía mucho más tranquilo y mucho más selecto. Me pareció ver a Puyol, el jugador del Barcelona.

En esa parte del restaurante el techo era abovedado, haciendo honor a lo de barrio gótico, y las columnas que poblaban el inmenso comedor estaban forradas de madera blanca, una iluminación tenue y agradable surgía de apliques, de lámparas de mesa y de pie salpicadas por todo el salón.

Llegamos a una mesa donde nos esperaban otros dos comensales.

-Le presento a la doctora Liliana Cojacaru -Presentó el dr. Ashton a una mujer morena e imponente de amplia sonrisa y facciones angulosas se levantó y me tendió la mano. Pasé de la mano y le planté dos besos en las mejillas.

-Aquí en España saludamos así a las mujeres... Sobre todo si son hermosas... -La doctora pareció alagada y sonrío con cierta timidez. Mientras los demás rieron de forma bastante comedida, diría yo.

-Y el doctor Goro Hiromasa. -Se levantó un hombre menudo, con las típicas facciones japonesas, me tendió la mano mientras realizaba la reverencia de rigor. Acompañé el apretón de manos con otra leve

reverencia intentando ser cortés.
-Un placer Dr. Hiromasa.
-Lo mismo digo Sr. Gabor. -Su español era bastante bueno, al igual que el doctor inglés, de la mujer únicamente pude discernir por su nombre y fisonomía que era de algún país de Europa del este.
Se hizo unos segundos de silencio en los que escruté a los comensales, ellos me miraban detenidamente.
-Pues dirán ustedes. -Dije mientras rebuscaba en mi chaqueta el paquete de Chester.
-Aquí no se puede fumar Sr. Gabor. -Dijo el doctor Ashton.
-Putas leyes restrictivas... -Dije sin pensar demasiado. -Perdonen mi lenguaje, soy un poco mal hablado. Sobre todo si se trata de tabaco.
-Los tres doctores rieron al unísono. -Eso sí, de manera comedida. Muy finolis todo...
-Sr. Gabor le he citado aquí para ofrecerle trabajo. Sé que está desempleado y pasando... como lo diría... -el doctor hizo un gesto con el dedo como quien busca una palabra en una lista escrita. - Un mal momento financiero.
-De financiero no me queda ni el momento... -Dije sonriendo. -Estoy en la jodida quiebra. Esa es la definición exacta.
-Es loable su franqueza sr. Gabor, a la gente le cuesta expresar sus problemas, sobretodo si tienen que ver con el dinero. - Dijo el doctor japonés.
-A mi no. El dinero va y viene, no es perdurable. Ninguno son eternos, ni los momentos de abundancia, ni los de escasez. Aunque estos últimos siempre se hacen mucho más largos...
-Interesante teoría dijo el inglés. Pero la pregunta del millón es si le interesaría trabajar con nosotros sr. Gabor? -Dijo el dr. Ashton, mientras le hacía señas a un camarero con la mano.
-Es ilegal? -dije sin preámbulos.
-No -respondió sin titubear el inglés.
-Es peligroso?
-Depende de como se mire. Pero en esencia no debería serlo. -Dijo sonriendo. Cómo si mis preguntas le divirtieran. Me sentí algo estúpido.
-Se gana mucho? -Esa sí que era la pregunta del millón.
-Bastante.
-Pues póngame dos... -Y me eché a reír a carcajadas de mis propias tonterías. Mi risa pareció contagiarse a todos los comensales. Que ahora parecían más relajados.
-No va a preguntar de que se trata. -Preguntó el dr. Ashton mientras recuperaba la compostura.
-Supongo que por eso me ha citado usted aquí. Para explicármelo, no es así?

Capítulo 4

IV.

Nos sirvieron un entrecot con salsa de queso excelente en todos los sentidos, regado con un vino de Rioja que el camarero con mucho acierto nos había recomendado. Aquello convirtió la conversación en un rio de elogios hacia la cocina del restaurante durante todo el ágape. Comí de manera frugal. Mis acompañantes tenían el plato a medias cuando yo ya había dado buena cuenta del entrecot, con guarnición incluida.

Durante el café volvimos a retomar la conversación que allí nos había congregado.

-Sr. Gabor la corporación a la que representamos estudia varios campos de la ciencia, que abarca desde la física cuántica hasta la nanorrobótica. Menciono estos campos porque la doctora Cojocaru es experta en física cuántica y el sr. Hiromasa es doctor en nanorobótica, además de dominar otros campos como la biorrobótica o la programación informática. -Dijo el Dr. Ashton con suma tranquilidad, sin acelerar el ritmo de la explicación. Pensaría que para un tuerce botas como yo debería tomarse su tiempo para que la información pudiera ser procesada de forma correcta.

Yo asentía con la cabeza, aunque todo eso me sonara a chino o japonés, nunca mejor dicho.

-Queremos contratarlo para que usted realice un amplio experimento, basado en el estudio de varios científicos. En algo que podría suponer un punto de inflexión en todos los conceptos de la realidad tal y como ahora la conocemos.

-Me quieren de mono de laboratorio? -Dije sin inmutarme. -Eso es lo que está usted diciendo.

-Nada más alejado de la realidad sr. Gabor. Queremos poner en sus manos el fruto de años de estudio y una tecnología de valor incalculable.

-Ya -Dije escamado. -Pero mi salud no correrá ninguna clase de peligro no?

-Habla usted como si quisiésemos abrirle en canal sr. Gabor.

-Y eso no va a pasar. No es así? -Los tres doctores volvieron a estallar en carcajadas.

-Sr. Gabor lo queremos para encabezar una expedición. Una expedición que lo hará pasar a los anales de la historia. Será el próximo Neil Amstrong. -Su voz había ido subiendo el tono paulatinamente.

-Un momento Dr. Ashton. No estarán pensando en enviarme al espacio, no? -Risas de nuevo.

-No tiene formación para ello sr. Gabor. Para eso hubiéramos recurrido a algún colega de la NASA. -Dijo el doctor Hiromasa, el inglés afirmó con la cabeza. -No va a salir de la Tierra.

-Es un alivio. Pero entonces no entiendo a donde quieren llegar.

-Queremos que tripule la primera expedición en el tiempo. -Ahora el que estalló en carajadas fui yo, mientras los doctores me miraban poniendo cara de póquer. -Estarán de cachondeo no?

-Sr. Gabor hemos recorrido miles de kilómetros hasta aquí para proponerle esto. Realmente cree que hemos hecho este largo viaje para gastarle a usted una broma? -El Dr. Ashton esta vez compuso una sonrisa compasiva, por un momento me sentí como el ser más estúpido de la faz de la tierra.

-No le aseguraríamos esto si no fuésemos capaces de realizarlo, ante todo somos científicos, no lo olvide. -La que habló esta vez, fue la doctora Cojocaru.

-Bien si ustedes lo dicen, pues así será. -Dije sin ánimo de herir más en el orgullo de los doctores.

-Pero se puede saber porque me ofrecen a mí tal honor? -Pregunté mientras le daba vueltas a la taza de café.

-La verdad, eso se debe a mí. -Dijo el doctor Ashton mientras cogía un maletín y rebuscaba algo en su interior. -Lo escogí por esto... -Puso sobre la mesa un libro y lo empujó hacia a mí. -Lo reconoce?

La ciudad que nunca duerme. El título de la novela. En la portada la fotografía de la Rambla de Barcelona. El autor: Diego Gabor Navarro. Sonreí al tomar aquel libro, hacía años que me había desprendido del último ejemplar que tenía. Sólo había impreso un centenar de copias de aquel ensayo y las había repartido entre amigos y familiares.

-Cómo ha llegado a sus manos? -Le pregunté mientras ojeaba las páginas llenas de frases subrayadas y comentarios escritos en inglés y a lápiz por los márgenes.

-Lo compré en el mercadillo de Covent Garden de Londres, hará un par de años. -Dijo mientras volvía a dejar su maletín en el suelo. -En cuánto lo leí supe que usted sería mi tripulante. -Lo dijo de una manera que me hizo sentir orgulloso de aquel estrafalario intento de escritor novel. -No es porque sea muy bueno... -Mi gozo en un pozo. -Pero desvela una personalidad de las que hay pocas.

-Se lo tomo como un cumplido Dr. Ashton. -Dije riendo. -Espero que no le haya defraudado al conocerme en persona.

-Ni lo más mínimo sr. Gabor, ni lo más mínimo... Por cierto, debo advertirle que usted es uno de los aspirantes al puesto de tripulante. -Dijo el doctor inglés. -Primero deberá pasar ciertos requisitos médicos y realizar una pequeña preparación para dicho viaje. Si después de ese tiempo usted reúne todas las condiciones necesarias para emprender dicha expedición, podrá considerarse como un miembro en pleno derecho del Proyecto Teseo.

-Proyecto Teseo. -Repetí pensativo. -Podrían haberle puesto un nombre menos cutre. Serán ustedes unos científicos cojonudos, no lo dudo, pero la verdad imaginativos no mucho. Parece el nombre de una novela de ciencia ficción de tercera... -Los sorprendidos doctores se miraron entre sí, a lo mejor buscando el culpable de tal ignominia, luego estallaron en carcajadas.

La sobremesa se alargó hasta pasadas las siete de la tarde. Ya en la puerta del restaurante el doctor Ashton, me apartó del grupo para hablar a solas.

-Le parece bien que mañana nos reunamos de nuevo para poder charlar

más sobre este asunto? -Dijo el doctor pasándome el brazo por el hombro.

-Desde luego doctor...

-Llámame Rudy, mis amigos me llaman así. -Esto último me sonó extrañamente gay. Pero no dije nada al respecto.

-Por supuesto, Rudy. -Dije con cierto repelús.

-En el sobre que recibiste, está mi tarjeta y me alojo en el hotel W Barcelona. -Aquello ya me pareció una mariconada en toda regla. -Además de quince mil euros en metálico como adelanto. Es el pago que le otorgamos a todos los aspirantes. -Aquello ya me sonó a música celestial. -Si pasas las pruebas y consigues el puesto de tripulante, después de la expedición, recibirás un pago de trescientos mil euros.

-Tres cientos mil euros? -Dije de manera escéptica.

-Por mes que dure la expedición. -Dijo lanzando una sonrisa de complicidad. -Hasta mañana Diego. -Me quedé como un pasmarote en medio de la calle viendo como los tres científicos subían al taxi. Pero hubo un detalle que no me pasó por alto, al subir al taxi la doctora Cojocaru juraría que me había sonreído. Una de esas sonrisas coquetas que las mujeres suelen lanzarte cuando le has tocado la fibra sensible. Sería así o tan sólo lo había imaginado?

Capítulo 5

V.

Rondaban casi las diez de la noche cuando abrí la puerta de mi apartamento. Corrí directo a la cocina, el paquete estaba sobre la mesa intacto, tal y como lo había dejado. Me acerqué como un cazador que acecha a su presa. Tomé el paquete, a través del tacto sólo podía percibir algún tipo de tejido.

-El jodido doctor me ha tomado el pelo. -Rompí el envoltorio y de su interior surgió un estuche de tela con un signo bordado. Una especie de esfera con un laberinto en su interior, en el centro del laberinto se dibujaba una de estrella de seis puntas o asterisco. El porta documentos se cerraba con una cinta dorada atada alrededor. Al desatarlo se abría como una carpeta con dos bolsillos, de uno de ellos surgió la tarjeta de visita del doctor Ashton y un sobre con el mismo símbolo bordado en el estuche, escrito a mano con una letra perfectamente legible: A la atención del Sr. Diego Gabor. Dejé el sobre a un lado. Escruté el otro bolsillo del que empezaron a surgir billetes de quinientos euros.

-La madre que me parió. El doctor tenía razón. -Conté treinta billetes de quinientos. -Quince mil pavos...

Volví a tomar el sobre. Al observar más detenidamente el dibujo vi que justo debajo del símbolo había escrita, con letra minúscula, una leyenda. Pude descifrar la palabra labyrinthos. Laberinto. Al abrirlo, en su interior había un par de pliegues impresos. Releí algunas líneas del primer folio, era una explicación sobre una fundación llamada Labyrinthos, supuse que era la organización que me había soltado los quince mil. Según aquello era una fundación sin ánimo de lucro, financiada por inversores privados con el objetivo de desarrollar nuevas tecnologías. El segundo folio era una escueta carta escrita a mano por el doctor Ashton en la que me citaba para comer.

Volví al fajo de billetes. De nuevo volví a contarlos, quince mil.

Aquella noche me dormí con una paz que hacía años no experimentaba. La seguridad que otorga el dinero.

Desperté con el tono estridente del móvil, palpé alrededor del colchón intentando encontrar el dichoso aparato. Localizado. Lo descolgué.

-Ummmm... -es lo único que logré articular.

-Diego? -La voz del doctor al otro lado de la línea.

-Qué hora es? -dije mientras me frotaba los ojos.

-Las cinco y media de la mañana... -dijo tan tranquilo.

-Yo no sé como funcionan las cosas en tu país pero aquí en España si llamas a alguien antes de las diez de la mañana corres el peligro de que te maten... -Me senté en el colchón intentando ubicarme en la oscuridad de la habitación.

-A surgido un problema en una de las estaciones y debo coger un vuelo a Londres a las nueve de esta mañana. Pero es de vital importancia que

nos veamos para que pueda darte las instrucciones correspondientes. Lo siento mucho Diego, pero es algo que debo atender sin dilación. Coge un taxi, te espero en el aeropuerto en media hora. -Colgó sin decir más.

Llegué al Prat a las seis y cuarto de la mañana. Antes de llegar el taxi tuvo que parar en una gasolinera para cambiar el billete de quinientos y yo aproveché para hacer una recarga de saldo al móvil.

Llamé al doctor Ashton desde el taxi. Me esperaba en la Terminal 1. Cuando me apeé del vehículo lo encontré en la puerta acompañado de los doctores Hiromasa y Cojocaru.

-Buenos días Diego. -Saludó el doctor con alegría a pesar de tener aspecto de fatigado.

-Buenos días? No es de día aún. -Dije pesaroso. -Necesito café...

-Pasemos dentro dijo la doctora Cojocaru. -Entramos en la terminal y buscamos una cafetería. Nos sentamos en la primera que nos salió al paso.

Una vez dentro y con el café en la mano el doctor Ashton se dirigió a mí. Los demás callaban y observaban.

-Toma esto Diego -Ashton me pasó un sobre. Al abrirlo había un pasaje de avión con destino a Bucarest con fecha para el 24 de Junio.

-Una excursión a Rumanía? Se puede saber qué demonios se me ha perdido a mi en Bucarest?

-Allí será donde le prepararán para la expedición. Tenemos una delegación allí y estará bajo la dirección de la doctora Cojocaru. Espero lo mejor de ti Diego... -El doctor parecía tener muchas expectativas puestas en mí.

.-Intentaré no defraudarte. Aunque no te prometo nada -Dije haciendo una mueca. -No tendrás una delegación en Cancún, yo me concentro más con el solecito y la playa.

-De verdad que no me has defraudado nada... -Dijo sonriendo. -Por lo menos hasta el momento. -Se hizo un silencio en el que el doctor parecía estar repasando mentalmente lo que debía decir. -La verdad es que viajarás a Bucarest, una vez llegues allí tomarás un tren hacia una ciudad llamada Buzau.

-Cojonudo... me mandas al culo del mundo. Al menos me esperará alguien en el aeropuerto?

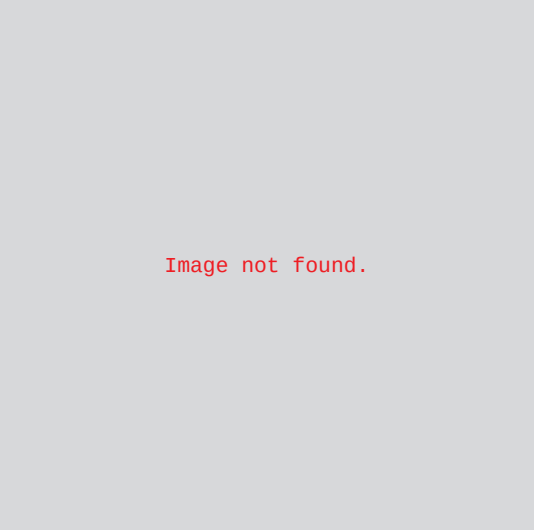
-Estaré esperándolo yo sr. Gabor. -Dijo la doctora Cojocaru. -Y el culo del mundo es mi ciudad natal. - Los doctores tuvieron que disimular una sonrisa.

-Bueno, por lo menos tendré buena compañía. -Dije sin más. -Espero no haberla ofendido doctora. -Ésta hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

-Bien, todo arreglado nos vemos pronto Diego... Hasta el 24 de Junio puedes hacer lo que te plazca. -Entonces pareció venirle algo a la cabeza. Lo que le hizo ponerse muy serio. -Creo que no he de mencionar que el objeto de nuestra empresa es totalmente confidencial. Y que puedo contar con tu total discreción.

-Seré una tumba -dije poniendo la mano en el pecho.

-Muy bien pues creo que ya está todo dicho. Nos vemos en Rumanía Diego... -Se despidió el Dr. Ashton.



Capítulo 6

VI.

Pasé los siguientes tres días, paseando, fumando y pensando. Sobre todo pensando en todo lo sucedido en aquellos últimos días. Había pasado de una situación financiera precaria a una más desahogada en un abrir y cerrar de ojos. Había cambiado mi papel secundario por uno de primera fila, ahora era protagonista en un cuento disléxico donde representaba a toda la humanidad.

Hice un repaso mental de los últimos diez años de mi vida y me di cuenta que aquello había sido mi sino. Siempre llena de altibajos, siempre andando sin saber hacia donde. Me vino a la mente una frase de un filósofo clásico, creo que de Séneca, que rezaba algo así: Al barco que no sabe a que puerto se dirige ningún viento le es favorable. Los objetivos no habían sido nunca mi fuerte, no sabía imponerme nada, simplemente me dejaba llevar. Funcionaba a palpitaciones, a lo que saliera al paso, no me había gustado jamás tener que elegir.

Apesadumbrado y a la vez excitado por la experiencia que me había brindado la vida decidí que para que las cosas de aquí en adelante me fueran bien debía pagar con mi karma. Así que aquella mañana del 8 de Junio después de tomar un café en un bar de la plaza Ibiza, con un tal Eugeni, que me contó su vida en verso y parte de la del vecindario, decidí empezar a pagar las deudas, tanto económicas como morales, que en los últimos años había ido contrayendo. Sé que suena una gilipollez pero en ese momento me pareció una decisión de lo más acertada. Así que, cuán monje tibetano en busca de la iluminación, empecé a caminar en dirección al bar de mis tíos, debía devolverles parte de lo que habían hecho por mí.

Cuando llegué el bar estaba bastante poblado, bajé los tres o cuatro escalones que daban acceso al establecimiento y me dirigí a la barra donde mi tío bromeaba con un cliente. Cuando me vio, cortó en seco su conversación y me saludó con alegría.

-Hombre el marqués de Villaverde! -Gritó con sorna.

-Tabernero ponedme una Coca-cola fresquita con un par de cubitos, por vuestra merced... -Dije haciendo una exagerada reverencia.

-Si lo pides así, no hay forma de decir que no... -dijo mientras rebuscaba en la nevera.

-Y la tía Loli está por ahí dentro? -pregunté.

-Por la cocina anda... -respondió mi tío mientras servía el refresco.

-Gracias... -Cogí el vaso y me encaminé hacía la cocina sorteando a los clientes, taburetes y sillas que aparecieron por el camino. Al fin me colé en la cocina. Mi tía andaba cocinando el menú del día. Un olor exquisito emanaba de las ollas y sartenes que se cocían en los fogones.

-Hola tita! -dije al entrar.

-Hola cariño! - respondió mientras me plantaba dos besos en las mejillas. -Como te van las cosas, hace días que no has venido? -Dijo poniéndose manos a la obra de nuevo.

-Bueno, pues mejor que la última vez que vine. He encontrado trabajo. -A mi tía se le iluminó la cara con una alegría jovial y sincera.
-Que buenas noticias mi amor! Me alegro mucho por ti... Y de qué vas a trabajar? -Buena pregunta, pensé para mis adentros.
-En un parque de atracciones. -Respondí sin ni siquiera entender porque había dicho aquello. Mi tía puso una cara extraña como si no entendiera que capullos podía hacer yo en un parque de atracciones.
-Vendiendo boletos en la entrada... -Dije avergonzándome de aquella respuesta.
-Ahhh! -Dijo mi tía dando poco crédito a mis palabras.
-Aunque es en el extranjero. Es lo único malo. -Dije mientras me echaba un corte de patata cruda en la boca... Intentado desviar el tema de conversación.
-Y ya has tomado una decisión? -Dijo mirándome a los ojos.
-Ya lo he aceptado. Me marcho el 24 de este mes. -Pude ver un destello de tristeza en sus ojos. Aunque me sonrió y me acarició la cara.
-Me alegra cariño...
-Gracias tía. La verdad es que he venido a decirte que antes de marcharme voy a ir a ver a mis padres así que pasaré estos últimos días en Murcia. Pero, te prometo que vendré a verte antes de marcharme. -Le pegué un trago al refresco.
-Me parece muy bien. -Dijo mientras removía el puchero.
-Y te he traído esto. -Dejé un sobre en unos de los estantes donde descansaba toda la loza para servir el comedor.
-Qué es? -Preguntó sin poner mucha atención a mis movimientos.
-Un regalo de despedida, para agradeceros a ti y al tío la ayuda que siempre me prestáis.
-Tonterías cielo, para eso está la familia. Que sería de nosotros si no existiera... -Dijo sonriendo.
-Eso digo yo. Que sería de nosotros...

Decidí no quedarme a comer en la bar porque sabía que si mi tía abría el sobre y veía los mil euros que había dentro no los aceptaría de ninguna de las maneras. Comí en un restaurante cercano a la estación de Renfe en Sants, después de comprar un billete con destino a Murcia. Una vez comido, pagué y salí a la terraza del restaurante a fumar un cigarrillo. La gente iba y venía con un ajetreo constante que me hacía sentir tremendamente cansado. No entiendo porqué el resto del mundo lleva una marcha más rápida que yo en la vida. Yo funcionaba a un ritmo que algunos encontraban demasiado lento, incluso tedioso.
Entre divagaciones, cafés y cigarrillos llegué a mi apartamento cerca de las once de la noche. Agarré una bolsa de deporte y la llené con la poca ropa decente que tenía. Maleta hecha.